

Dr. Carlos Charlín Correa

Comentario laico de un libro místico

LEYENDO LA VIDA DE SAN FRANCISCO

NUNCA había leído un libro místico. Leí la vida de San Francisco y tuve una revelación. Como esos marineros del genial genovés, vi surgir del océano de la nada una tierra ignota, un mundo nuevo.

Existe entonces, además de la vida material, de los sentidos, que viven los pobres de espíritu; existe, además de la vida intelectual, con la cual se satisfacen los ricos de mente pero pobres de corazón, existe un tercer ciclo, la vida del alma, sobre la cual no había parado mientes.

Para mí, libre-pensador, las cosas del alma me aparecían como ensueños y «fioriture», preciados por el bello sexo.

Y cuando mis ojos descubrían, en manos femeninas, un libro de santos, guardaba irónico silencio.

Es curioso, pensaba, cómo estas lecturas infantiles pueden distraer a cabezas blancas.

Un verano, en la playa, empecé la lectura de la vida de San Francisco.

Pues, «il poverello» con su inocencia, con su ingenuidad, con su bondad simple plantea un problema trascendental, porque no hay otro problema mayor que el problema del concepto de la vida.

Había mirado hasta entonces el mundo con un criterio pagano. La vida era para mí como una navegación de placer en una mañana de primavera. Gozaba de la felicidad que me rodeaba y, cual esas estatuillas de Buda, dejaba correr los días sonriente.

Consideraba el trabajo como una entretención, como una noble entretención, como un sport, a veces apasionante; consideraba la benevolencia como una concesión graciosa y la bondad como una generosa dádiva.

Hacer su camino, aumentar el bienestar de los suyos, enriquecerse intelectualmente, no perjudicar a nadie, ayudar al prójimo pero así de ocasión, de paso, tal se me figuraba el programa de muchos buenos.

• • •

Ante este concepto egoísta, estrechamente personal, utilitario, frío como una piedra, se levanta la sombra de San Francisco cual un remordimiento.

En su sayal tosco, los pies desnudos, demacrado, aparece y deja en pos de sí la neblina del misterio.

Al axioma: «el mundo para uno», contesta el ermitaño de Asís: uno para los demás.

A la caridad sin calor que yo practicaba en el hospital, a esa caridad escueta, de paso, opone la caridad afectuosa, la única caridad virtud.

No basta dar, hay que darse.

San Francisco se da a los pobres, a los desgraciados, a los buenos y a los malos, a los hombres y a los animales, a los seres animados y a los inanimados, al hermano enfermo, a la hermana paloma, al hermano lobo, al hermano fuego.

La búsqueda del placer la reemplaza por la búsqueda del deber, por el placer del sacrificio para terminar en el placer del dolor. En él la vida material se apaga poco a poco y prende, con una luz más y más potente, la vida del alma. Vivió abrazado por esta llama del sentimiento, del sentimiento místico, y

al fin la lámpara, demasiado frágil, fué consumida por la llama que ardía en su seno.

En la lucha constante que ofrece día a día toda vida humana, entre los sentimientos y los sentidos, entre el espíritu y la materia, San Francisco, después de terrible esfuerzo, anonadó la materia, su cuerpo, y sofocó, con mano titánica, para siempre, sus sentidos.

Vive en una constante mortificación carnal. El espíritu no vuela—piensa—si no corta los lazos que lo atan a los sentidos y entonces corta estos lazos.

La cama puede no ser blanda, no lo sabe, pero la tabla para él transforma sus durezas en las blanduras del almohadón de pluma. La comida suele presentársele con deleites ya fenecidos y entonces derrama sobre ella cenizas. La fatiga no existe. La enfermedad es una recompensa.

Pisotea su cuerpo, «el hermano jumento», a porfía y conoce la libertad. Ha roto las cadenas que arrastran los demás hombres. No tiene goces materiales, ni tiene ambiciones terrestres. El dinero, el «estiércol del diablo», carece de significado. Este da lo que él no necesita.

Su cuerpo no ha menester de nada, porque es una nada, pero una nada con un alma.

«Deseo poco y ese poco lo deseo poco» murmuraba el pobre.

¿Qué es para él la felicidad, la perfecta alegría? Oigámoslo, en su diálogo tan conocido, con Fray León, que termina:

«Supón—respondió San Francisco—que al llegar nosotros ahora a Santa María de los Angeles, empapados de la lluvia, helados de frío, cubiertos de lodo y desfalleciendo de hambre, llamamos a la puerta del convento y viene el portero incomodado y pregunta ¿quién sois vosotros? y diciendo nosotros «somos dos hermanos vuestros» responde él: «no decís verdad, sois dos bribones que andais engañando al mundo y robando las limosnas de los pobres; marchaos de aquí», y no nos abre y nos hace estar fuera a la nieve y a la lluvia sufriendo el frío y el hambre hasta la noche.

«Y si perseverando nosotros en llamar, sale él afuera airado y nos echa de allí con villanías y bofetadas, como a unos bribones inoportunos, diciendo: «fuera de aquí, ladronzuelos vilísimos; id al hospital, que aquí no se os dará comida ni albergue»; si nosotros sufrimos esto pacientemente y con *alegría* y *amor*, escribe, joh. fray León, que en esto está la perfecta alegría...»*

Compréndase bien: *alegría* en la prueba, en el pesar y *amor* al causante, al culpable del pesar.

La alegría pagana es la plenitud, es el bienestar, es el rebalsamiento de la personalidad, es una crisis de egoísmo y contiene soberbia. Es el éxito, es la victoria sobre el medio ambiente, sobre los demás.

La alegría franciscana, acabamos de ver, es también una victoria pero una victoria sobre sí mismo. La personalidad se aminora, se anonada y una crisis de humildad, de amor constituye la felicidad suma.

La primera es temporal y muy eventual: depende del mundo exterior; la otra es un bien propio, inalienable, independiente de ajena voluntad.

La alegría pagana separa al hombre feliz de las demás, la alegría franciscana acerca a los hombres; los hace hermanos.

• • •

¿Cómo alcanza San Francisco este anonadamiento absoluto de su ser físico y este sumo de perfección moral?

Los alcanza por la meditación, por un constante auto-control, que ha logrado hacer escuela. Así, uno de sus discípulos, fray Bernardo, enviado a Bolonia a fundar un convento, fué en un principio recibido con indiferencia y después objeto de mofa pública, pero a poco andar inspiró respeto y admiración.

«Y fray Bernardo, por su santa conversación, comenzó a ser muy honrado de la gente, tanto que se tenía por feliz quien

* *Floreillas.*

podía tocarle o verle; pero él, como verdadero y humilde discípulo de Cristo y del humilde Francisco, *temiendo que la honra del mundo le menoscabase la paz y la salud del alma*, se marchó de allí y volviendo donde estaba San Francisco, le dijo: «Padre, ya queda fundado el convento en la Ciudad de Bolonia: envía frailes que lo conserven y habiten, *pues yo ya no hacía allí ninguna ganancia, antes por la demasiada honra que me daban, temo no haya perdido más de lo que gané.*»*

Por un escrúpulo virginal, amenazado por la sombra de una vanidad, el discípulo se espanta y vuelve a Asís, a refugiarse en el regazo del seráfico maestro.

Parecerá esto pueril y hará sonreír. Empero esta forma de mirar la vida, de Fray Bernardo, de juzgar su vida, me ha emocionado. Esta delicadeza, esta pulcritud sentimental aparece tan extraña a un hombre vulgar, a nosotros, toscos cazadores del bosque, como extraño aparecería a un oso encontrar iluminada su cueva por lámpara árabe de filigrana luz.

Quizá de un revés el oso la apagaría y se volvería a echar en la oscuridad del antro.

Me he encontrado con esta luz de las *Floreillas*, la he mirado tristemente y no la he apagado.

Tal vez no son muchos los que, sin un imperativo religioso, hagan periódicamente una reconsideración de sus actos y se detengan un momento a pensar en las caídas de pensamiento o de hecho que sufrieron.

Al doblar las hojas del cuaderno de la vida, sin detenernos a releer lo escrito, vamos escribiendo cada día peor y muchas páginas se nos salpican de borrones.

La felonía no recordada se olvida en el andar afanoso y es seguida de otra y otra felonía.

En el rodar inconsciente, sin una mirada a la brújula para enderezar el rumbo, sin un reposo meditador, vamos perdiendo un poco la noción de lo que es noble y de lo que es vulgar, y nos va quedando sólo el concepto de lo que es conveniente

* *Floreillas*.

y de lo que es inútil. Y así la existencia se transforma en una marcha salvaje, en un tumulto bestial. Y al término de la caminata, en el tropel del piño va adelante, no el hombre más hombre sino el hombre más búfalo.

Este descenso de la humanidad no lo presenciáramos si no nos sonriéramos de las puerilidades del Padre Francisco y de Fray Bernardo.

Al contrario, San Francisco, gracias a la meditación, asciende peldaño a peldaño la vía dolorosa de la purificación, impulsado por el sentimiento religioso que lo transforma, lo transfigura, lo desmaterializa, lo deshumaniza.

Ya no es un hombre. Es sólo un espíritu errante entre los mortales.

* * *

Otra enseñanza me deja la vida de San Francisco: me ha revelado el valor del factor sentimental, desconocido cuando no menospreciado en nuestra generación, en la que predomina el culto de la razón razonante.

La sensibilidad ante lo bello, lo grande, lo noble, ante el infinito, la sensibilidad ante el misterio de la vida y de la muerte, la sensibilidad en cualquiera de sus formas se oculta como una debilidad.

El hombre abdica en favor de la mujer toda la esfera sentimental. Con esta abdicación cree ser fuerte, más fuerte, y se despoja justamente de lo único que lo puede hacer fuerte.

Se confunde la rusticidad con la varonilidad.

Y hay pedagogos que persiguen en el niño este ideal de asensibilidad, de artificial indiferencia, de pseudo-estoicismo, que a todo esto conduce una enseñanza a base de raciocinio puro. Y cuando la incubación ha terminado, el discípulo toma una piedra y parte la frente del maestro.

Esparta pretendió también eso: la abolición del sentimiento, de la natural sensibilidad, pero con fin de interés general, con un objetivo nacional ¿y qué consiguió? Transformar su bella raza

helénica en una raza de guerra, especializada en el asalto, en una raza de muerte.

¿Qué nos ha dejado Esparta? El recuerdo de su extravío.

Atenas, su vecina, afeminada para los espartanos, cultiva la sensibilidad y gracias a ese mentido afeminamiento de Atenas fué posible el renacer italiano, y gracias al renacer florentino fué posible la grandeza espiritual de España en el siglo XVI, de Francia en el siglo XVII, de Alemania en el siglo XVIII, de Rusia en el siglo XIX y tal vez de América en el siglo XX.

Digo tal vez, porque no sabemos aún si América se dejará conquistar por el espíritu de Atenas. Hay momentos en que lo dudo.

Pero Esparta, lo repito, hizo esa mutilación del sentimiento con un objetivo nacional; nosotros la queremos hacer con un fin personal, estrechamente egoísta.

Por ahí anda un libro titulado, me parece, *Cada hombre un rey* en que se debe enseñar tal vez a ser fuerte, ¿para qué?

Cada hombre un rey transforma al hombre en una pequeña Esparta para sus vecinos.

A *Cada hombre un rey*, el sentimental Francisco contesta: «Cada hombre un hermano, cada hombre un hijo, para cada hombre un padre». ¡Qué diferencia de altura moral entre aquel concepto egoísta y este otro locamente desinteresado!

El sentimiento levanta a San Francisco, con poderoso brazo, sobre el charco y lo hace realizar una vida de prodigios, una vida sobrehumana.

Francisco de Asís es la demostración experimental de que nuestra fuerza está allí, en el sentimiento, y no en el raciocinio. Pero ya los poetas lo han dicho.

El poeta, gracias a un sexto sentido, presente y adivina. El poeta es una cuerda de arpa que vibra y canta al paso de una brisa por los demás no percibida.

Alfred de Musset escribe a un amigo de infancia:

Tu te frappais le front en lisant Lamartine.

.....

Ah! frappe-toi le cœur! C'est là qu'est le génie,
C'est là qu'est la piété, la souffrance et l'amour;
C'est là qu'est le rocher du désert de la vie
D'où les flots d'harmonie
Quand Moïse viendra, jailliront quelque jour.

Si, en el corazón está la roca del desierto de la vida.

• • •

El primer peldaño del perfeccionamiento moral, del ascenso espiritual, no está en la mente, como algunos creen: está en el corazón. Para subir no basta aprender, hay que sentir. Con el estudio, la inteligencia se extiende, pero se extiende en el llano, y para subir la ladera de la montaña, hay que sentir.

Está más distante del animal el hombre que siente un verso de Víctor Hugo y se emociona ante una cabeza de Velázquez, el hombre que se estremece al oír una frase de Beethoven o de rodillas—como dice Pasteur—se anonada ante el infinito, que el hombre que calcula con tablas de logaritmos.

Ese hombre embargado por el sentimiento está en camino de la bondad, y en ese momento de intensa vida interior vive sólo con el espíritu y boga sobre la tierra donde ha dejado su envoltura material con sus flaquezas, sus mezquindades, sus miserias, desprendiéndose un instante de la garra de los sentidos.

Esta precipitación de la materia, esta sublimación, es obra del sentimiento y no de la inteligencia.

Sentir puramente es el único sendero que conduce, al través de la selva, a la hermosa pradera del noble pensar, y en esta pradera se prepara la noble acción.

Veamos un ejemplo en la vida de San Francisco.

«Il poverello» siente hondamente, ora; después de orar pasa al lado de un leproso y él, que hasta entonces espoleaba su caballo al acercarse uno de estos desgraciados, sujeta la brida, descende de la montura, se arrodilla, besa las manos ulceradas, y se despoja de cuanto dinero posee.

Ningún raciocinio, ninguno, si no está fertilizado por el sentir, llega a este heroico abandono del ser.

El raciocinio es luz fría, es rayo de luna; el sentimiento es sol, es brasa. El uno aclara la vista, pero el otro pone en movimiento el brazo.

La hipertrofia de la razón, el racionalismo, el intelectualismo, es asimilable al mecanismo, considerado el uno en el terreno teórico, el otro en el terreno práctico. No satisface, y no satisface porque no es humano. El espíritu no es sólo una máquina productora de pensamientos, y cuando en eso se convierte, el hombre se asemeja al ser cruel de las cavernas, con un alma de hace diez mil años.

Todos los gobernantes criminales de la historia han sido unos raciocinadores terribles, sin una pizca de indulgencia, de bondad, con una insensibilidad enfermiza. Observad a esos ideólogos de la Convención, al incorruptible Robespierre, indiferente al dinero, sí, pero indiferente a la vida humana; observad a los cofrades del incorruptible, que, persiguiendo una idea, mancharon la historia, la gloriosa historia de Francia, con cien mil asesinatos.

Yo no sé qué diferencia puede haber a la postre entre una fiera hambrienta y un ideólogo armado del poder.

La frase es dura, pero es exacta. Abrid la historia del Terror en cualquier página y me encontraréis razón.

Entre mil anécdotas recuerdo una que no puedo olvidar: ella muestra bien el desequilibrio a que llega la mente humana, cuando ha muerto el sentimiento.

«Una tarde iba al teatro el presidente del Tribunal que disponía de la hacienda y de la vida ajena en la ciudad. Ese Tribunal se llamaba «Comité de salut public». El presidente iba alegre: olvidaba que en la mañana había firmado la muerte de una docena de conocidos, amigos y tal vez parientes, pero esos ya no eran para él ni conocidos, ni amigos, ni parientes; no pensaban como él.

Atravesó la plaza en que funcionaba la guillotina, no la miró o no la vió. Al llegar a una esquina tendió elegantemente la mano a su esposa para que saltara sobre la cuneta de la calle

que venia llena de sangre. Esa sangre había goteado y chorreado de la guillotina que en esos momentos cortaba la cabeza de los conocidos, amigos y parientes.

El señor juez se detuvo, sacó su pañuelo, humedeció la punta en el charco, se lo mostró a su esposa diciéndole con una sonrisa: «Mira, hija, qué lindo color».

Yo no sé qué diferencia puede haber entre ese ideólogo y una fiera.

Con razón un pensador italiano, Monacorde, fundador de una nueva escuela filosófica, ha dicho: «*Más vale sentir y errar en el sentimiento, que comprender bien y no sentir*», y luego agrega: «Hay que transportar resueltamente el acto puro del conocimiento del campo de la inteligencia al del sentimiento».

Entre la inteligencia y el sentimiento hay un precipicio, como lo hay entre la inteligencia y la materia. Son elementos de orden diverso.

Que con dos objetos, una tiza blanca y una pizarra negra, pueda, con algunos signos, crearse un pensamiento, he aquí algo incomprensible. Entre la tiza y la pizarra está el cerebro del hombre. Se pasa del mundo material al mundo intelectual.

Si se estudia una cuerda de violín, podrá saberse con exactitud el número de sus vibraciones, el largo de sus ondas; se conocerá la nota, podremos oírla a voluntad; pero esa cuerda tocada por mano de artista, transforma la nota, ese sonido muerto, en un gemido, y ese gemido nos ha hecho pasar del terreno racional al terreno sentimental.

La vida para que sea completa debe abarcar los tres ciclos. No es digna la existencia sumida en la materia y no es completa si sólo alcanza la esfera intelectual y no se asoma al ciclo sentimental. Vegetamos con los sentidos, comprendemos con la inteligencia y vivimos con el alma.

Francisco es un rey en este tercer ciclo de la vida humana; es el gran maestro del sentimiento, de la pasión heroica inspirada en un sublime ideal.

San Francisco vive constantemente en el terreno supra-sensorial del sentimiento, pero un sentimiento electrizado por la fe.

por ese hábito ignoto que escapa tanto a la inteligencia como a la voluntad.

Y la fe lo hace realizar el ideal cristiano de humildad, de bondad, de renunciamiento, de abnegación absolutos.

* * *

Este frenesí sentimental, místico, ciego al parecer, obedece empero a una lógica férrea. ¿Cuál fué el primer acto con que indicó su cambio de vida?

Hizo en público, ante el obispo de Asís, la donación de todos sus bienes y para manifestar bien su abandono total de cuanto poseía, se despojó de su ropa y quedó desnudo.

Este acto inicial es de una profunda psicología.

San Francisco partió de la premisa de que la posesión envenena el corazón del hombre. Para el ave de rapiña la vida es una serie de posesiones que preceden o siguen al despojo. La existencia del águila es un rastro de sangre en el cielo, es una huella roja sobre un campo azul.

Para el hombre, en las primeras edades, la existencia fué un continuo despojo. Hoy perseguimos también la posesión, pero no en la forma sangrienta de antaño.

Empero, la vida siempre es la guerra y para vencer el hombre suele poner en juego todo sus atributos ancestrales. Lucha con duplicidad, con astucia, con perfidia; se arrastra y se hace cortesano a trueque después, ya seguro, de incorporarse soberbio para aplastar gozoso al adversario débil.

El ansia de poseer lo hace beber en la copa de la ingratitud, de la envidia, de la injusticia, una en pos de otra, y ninguna de ellas tiene para él sabor amargo.

Y todas estas pasiones quedarían ocultas en el bajo fondo del alma y no se agitarían en la superficie, al no ser removidas por la brutal mano del deseo de poseer.

La posesión entroniza al cuerpo y apaga el espíritu.

Por eso Francisco renunció a toda posesión. Fué el primer acto de su nueva vida.

• • •

En esta nueva vida de martirios de San Francisco, en este misticismo exacerbado, en este ascetismo nunca satisfecho, hay momentos en que surge la duda si el «poverello» no está bordeando o no ha caído en la anormalidad.

La hermana ceniza que espolvorea sobre la comida, las heridas que ostenta su cuerpo, el aislamiento, el mutismo en que se encierra semanas, podrán ser estimadas, a prima facie, como francas aberraciones.

Ciertamente semejantes aberraciones se encuentran en los manicomios, pero allí, punto capital, tales actos son frutos de una mentalidad incoherente. En nuestro poverello, hay una psiquis perfectamente consciente y sus hechos extraordinarios obedecen a una idea precisa, son fruto de un raciocinio claro y son impuestos por una voluntad inflexible, persiguiendo un fin determinado.

Nuestra naturaleza está hecha así: no puede ni el pensamiento, ni el sentimiento alejarse mucho de la mediocridad, sin tomar luego ribetes patológicos.

Francisco de Asís alcanza la sublimidad moral y parece caer por instantes en el extravío.

Pascal ha dejado algunas frases también, a primera vista, incomprensibles. Vuela a tal altura, a solas con su pensamiento, que desaparece en lo alto.

Miguel Ángel, aquel genio de la línea, del dibujo, en el Juicio Final de la Capilla Sixtina parece mover su pincel en la desarmonía. Hay tal acción contenida, tal furia en ciertas figuras, que los brazos se hacen deformes con los músculos contraídos y los miembros, lanzados en loco movimiento, se desarticulan.

En la disonancia musical de Wagner, de Debussy sobre todo, estamos de nuevo en las fronteras del arte: un paso más, y la música se transforma en ruido.

Francisco de Asís es un genio moral y es en el terreno moral lo que Pascal en el pensamiento, Miguel Ángel en la pintura, Wagner en la música.

Se me dirá que esta sublimidad en la virtud es inalcanzable para el común de los hombres. Lo sé. Pero este concepto franciscano, cristiano, orienta la vida hacia el polo opuesto del que hoy marchamos.

* * *

Después de haber escrito las líneas anteriores he encontrado una página de Pascal que tiene estrecha afinidad con el tema expuesto. No resisto a la tentación de traducirla porque es uno de los trozos más hermosos de la literatura francesa y deseo que el recuerdo de esta charla quede bajo el amparo de la sombra augusta del ermitaño de Port-Royal.

Al bajar de esta tribuna me oculto entre los pliegues magníficos de su capa.

«La distancia infinita de la materia al espíritu representa la distancia infinitamente más infinita de la inteligencia a la bondad.

Todo el brillo de las grandezas materiales no tiene lustre para las personas preocupadas de las cosas del espíritu, y a su vez la grandeza intelectual es invisible a los reyes, a los ricos, a los capitanes, a todos los grandes en la carne.

Por otra parte, la grandeza moral es invisible a los carnales y a los intelectuales. Son órdenes de género diferente.

Los genios tienen su imperio, su brillo, su grandeza, su victoria, y nada tienen que hacer con las grandezas de la carne, con las cuales no tienen relación. Son vistas no de los ojos, sino de las inteligencias, y eso basta.

Los santos tienen su imperio, su brillo, su grandeza, su victoria, y nada tienen que hacer con las grandezas intelectuales o carnales, con las cuales ninguna relación tienen.

Pero hay personas que no pueden admirar sino las grandezas en la carne, como si no las hubiera intelectuales, y otras que no admiran sino las intelectuales, como si no las hubiera infinitamente más altas en el orden de la bondad.»